

**CORAZÓN
EN LA GARGANTA**

Juanjo Ibáñez

**CORAZÓN
EN LA GARGANTA**

ESDR  **JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, febrero 2024

© Del texto: Juan José Ibáñez, 2024

© Del prólogo: Jesús Ortega, 2024

© Esdrújula Ediciones, 2024

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de portada: Carmen Álvarez

Maquetación: Carmen Álvarez

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 274-2024

ISBN: 978-84-127978-9-3

Impreso en España · Printed in Spain

Prólogo

De todo corazón

Juanjo Ibáñez sabe que el corazón tampoco ha existido siempre. Alguien lo inventó alguna vez. Está tan arraigado en nuestro lenguaje que casi nos hemos hecho a la idea de que forma parte de las sustancias esenciales, como si el mismísimo Aristóteles lo hubiera añadido, a modo de quinto elemento, al aire, la tierra, el agua y el fuego.

Pero Juanjo es muy consciente de lo que supone tener mirada histórica, es muy consciente de las repeticiones y las diferencias que se posan en los objetos de estudio de la historia cultural. El corazón es uno de estos objetos viejísimos cargados de sentido. Lleva miles de años ocupando un lugar central en los relatos de la humanidad. Se le ha adjudicado el papel de médium y conector entre los planos natural y cósmico, entre el cuerpo y el espíritu. Puesto que recibe y reenvía a la vez todos los sentimientos, buenos y malos, no hay quien lo mueva de su posición de privilegio. Hay en Granada un precioso resto urbano de esa pervivencia simbólica del corazón. Juanjo lo ha contemplado muchas veces, en sus paseos por el Realejo. Se trata de un lema, «El corazón manda»,

hecho de palabras e imágenes, que reluce enigmático en la fachada renacentista de la Casa de los Tiros, tan fresco como un poema visual de Joan Brossa. No vamos a entrar aquí en interpretaciones. Para que ese corazón haya cristalizado en el palacio cristiano de una aristocrática familia morisca han sido necesarios muchos siglos de sedimentación metafórica.

Hubo épocas en que Dios, el alma, el espíritu de la vida o el sople rojo de la pasión residieron simbólicamente en otras partes del cuerpo humano distintas del corazón. Lo cuenta magníficamente Ole Martin Høystad en ese gran ensayo que es *Una historia del corazón*¹. A Prometeo Zeus lo castigó con un águila que le comía eternamente el hígado, y los antiguos babilonios adivinaban el futuro en otras vísceras de animales. El corazón humano fue importante para aztecas y egipcios, pero lo ritualizaron de maneras tan ajenas a nuestra sensibilidad —arrancándolo a los vivos, conservándolo en los muertos— que no nos han dejado más huellas que las arqueológicas. Si en la tradición occidental el corazón ha llegado a simbolizar, entre otras cosas, «el centro de la iluminación y la felicidad»², ha sido porque la metáfora se consolidó a través de los siglos al ir sumando capas de significados, a veces distintos, incluso contradictorios, en líneas y tramas que van de Platón a los textos bíblicos, de San Agustín al Islam de Al-Ándalus, de las novelas artúricas a

¹ Hay dos ediciones en castellano, en Madrid, Lengua de Trapo (2007) y en Buenos Aires, Manantial/Lengua de Trapo, 2008. La edición que yo he consultado es sin embargo *A History of the Heart*, con traducción al inglés de John Irons, Londres, Reaktion Books, 2007.

² Juan-Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor, 1992, p. 145.

los trovadores provenzales, de Descartes a Pascal («El corazón tiene razones que la razón no entiende»), de Rousseau y Herder a, por supuesto, los románticos.

Las trayectorias y los cruces son fascinantes. Hay innumerables lugares de paso donde podríamos detenernos. Por ejemplo —a Juanjo le gustará—, esa maravillosa novela medieval, *El filósofo autodidacto*, que habla también del corazón. La escribió en el siglo XII el médico y filósofo Ibn Tufayl, coetáneo y amigo de Averroes. Es la primera novela escrita en Al-Ándalus³, la primera y la más importante, tan importante en su prosa como *El collar de la paloma*, aunque hoy lamentablemente yazca en el olvido, como si no fuera nuestra, como si no perteneciera a nuestra memoria y a nuestra historia, y eso que Ibn Tufayl nació en Guadix hacia 1105 (otros creen que en el pueblo almeriense de Tíjola) y estudió y ejerció la medicina en Granada, donde llegó a ser médico de cámara del gobernador almohade de la ciudad.

La novela cuenta la historia de Hayy ibn Yaqzan, pionero del pensamiento científico, de cuyo nacimiento ofrece dos versiones, como si de una novela oulipiana se tratase, en función de lo que crean o dejen de creer los lectores. La primera versión es que Hayy nació por generación espontánea en una isla del océano Índico, y allí vivió completamente solo, en compañía de una gacela. Si los lectores son incrédulos ante esa posibilidad, entonces el texto propone, una página más

³ Salvador Gómez Nogales, “Ibn Tufayl, primer filósofo-novelistas”, en Andrés Martínez Lorca (ed.), *La filosofía en Al-Ándalus*, Córdoba, Almuzara, 2017, pp. 381-407.

adelante, una segunda versión, la versión alternativa de que Hayy fue un niño secreto e ilegítimo, cuya madre, hermana de un rey, para salvarlo lo escondió en un cofre y lo arrojó al mar. El bebé arribó a la citada isla del océano Índico, donde fue amamantado y criado por una gacela, su segunda madre.

Pasó el tiempo y la gacela enfermó y murió. Hayy, imbuido de espíritu investigador, filósofo y científico porque sí, por su innata disposición para la observación y la experimentación, quiso averiguar por qué había muerto la gacela-madre. Cortó el cuerpo con piedras y astillas de caña y en mitad de la disección, sondeando en el centro del pecho, dio con el corazón.

«Este órgano —dijo— sin duda está en el centro y es el que busco, por la excelencia de su posición, la elegancia de su forma, su gran cohesión, la dureza de su carne y la envoltura que lo protege, distinta de la que tienen los restantes órganos»⁴.

De modo que Hayy rasgó el corazón y abrió sus membranas para ver qué había dentro. Lo apretó con la mano y notó que estaba hueco. Ya había notado que los animales tienen calor en vida y frío una vez muertos. Aquello que había desaparecido del corazón de la gacela, dejándolo hueco, ¿sería una sustancia de la misma naturaleza? Para comprobarlo abrió el corazón de otro animal vivo, metió el dedo en la carne caliente y vio cómo brotaba del órgano, huyendo hacia el cielo, un aire blanquecino y vaporoso: el alma. Entonces entendió que

⁴ La traducción es del arabista Ángel González Palencia, publicada por primera vez en Madrid, 1934, Imprenta de Estanislao Maestre. Hay una edición reciente de la misma traducción, en Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 2013. Las citas posteriores pertenecen al mismo texto.

cuando «el alma sale por completo del cuerpo todo el cuerpo se paraliza y le sobreviene la muerte». Y entendió que los cuerpos inertes no valen nada, porque el alma, lo más valioso, ha huido de ellos; y que la sede del alma es el corazón.

Juanjo Ibáñez ha titulado su segundo libro de poemas *Corazón en la garganta*. Ya tiene asegurado un asiento en esta noble tradición metafórica. La cita de la canción de Quique González de donde se extrae el título, y que aparece a modo de frontispicio del poemario («De haberlo sabido [...] no [habría] habido corazón en la garganta»), alude sin embargo a un posible arrepentimiento y, tal vez, a la asunción de una especie de pulsión que no pudo evitarse. Es como si el sujeto poético, en vez de celebrarlo, lamentara haber sido demasiado expresivo, haberse dejado llevar por las verdades de la pasión, esos reproches «sinceros» que, al verbalizarse, trajeron como consecuencia la pérdida de la persona amada.

Corazón en la garganta remitiría, pues, a una suerte de ambiguo expresionismo (celebrado o lamentado). Algo que, en cualquier caso, podría entrar en contradicción con el dispositivo estético mediante el que se presenta el poemario, y que parece ajustarse bastante a lo que Araceli Iravedra ha denominado las «caracterizaciones más serias» de la poesía de la experiencia:

Un ejercicio pudoroso de reflexión sobre la vida que recupera el intimismo y el contenido sentimental, que confía el distanciamiento a procedimientos como la ironía o la técnica objetivadora del monólogo dramático, que convoca la cotidianidad del escenario urbano como ámbito biográfico

del sujeto, que se preocupa por la inteligibilidad de la construcción verbal y por la estructura del poema, que retorna al metro clásico y que, alejándose de la ruptura de la vanguardia, descansa en una «tradicón tradicional» cuyos referentes más próximos son los poetas españoles del cincuenta.⁵

Los poemas de *Corazón en la garganta* asumirían, entonces, el programa estético de la poesía de la experiencia, con algún matiz: la sustitución de los poetas españoles del cincuenta por clásicos de generaciones anteriores (Miguel Hernández, Rafael Alberti, Luis Rosales, e implícitamente Federico García Lorca, aleteando en silencio a lo largo del libro), así como el gozoso juego constante con la forma de la canción popular (Joan Manuel Serrat, Armando Manzanero, Manuel Alejandro), uno de los hallazgos más interesantes del libro.

La elegía por el añorado amigo muerto, compañero de vocación política; una serie de instantes en que se celebran el amor y el erotismo o se llora su ausencia; la lucidez crítica, con ecos ganivetianos, sobre los desmanes sufridos por la ciudad devastada; o la memoria-homenaje de los puntales ideológicos familiares son algunos de los asuntos abordados en el libro. Todo sucede en un paisaje urbano que reconocemos como el de la amada ciudad odiada. Pero el sujeto poético, por dolorosa que sea la experiencia poetizada, no abandona

⁴ Araceli Iravedra, «De “The Poetry of Experience” a la “Poesía de la Experiencia”: algunas reflexiones para la revisión historiográfica de un concepto crítico», *Iberoromania: Revista dedicada a las lenguas y literaturas iberorrománicas de Europa y América*, N.º 64, 2007, págs. 132-146.

nunca un cierto comedimiento en el tono, como si entendiera que la mejor manera de comunicar dicha experiencia reside en un equilibrio entre la claridad y la contención expresivas y el abandonarse a la sinceridad. El libro, en todo caso, parece situarse en un momento clave (sístole, diástole) de recapitulación, de renovación vital del sujeto poético —ese desdoblamiento irónico del autor, mi amigo Juanjo Ibáñez—. Intuyo una epifanía escondida en algún rincón de ese conjunto de instantes de vida íntima y social. Está oculta bajo todas las cautelas formales y tonales, bajo todos los aparatos retóricos de la poesía de la experiencia. Porque el sujeto poético no ha renunciado a hablar con el *corazón en la garganta*. Como lector, he aprendido mucho de esa valentía, la valentía de Juanjo, y de su inteligente estratagema: la que le permite hacer públicos sus avances en el oficio de poeta mientras aborda un empeño mayor, el de conocerse a sí mismo.

JESÚS ORTEGA

Corazón en la garganta

*De haberlo sabido
me hubiera ido sin decirte nada,
no hubiera sido tan duro contigo,
no hubiera habido corazón en la garganta.*

QUIQUE GONZÁLEZ

ΣΪΣΤΟΛΗ
(ΣΥΣΤΟΛΗ)

Aunque tú no lo sepas

Aunque tú no lo sepas te inventaba conmigo.

LUIS GARCÍA MONTERO

Aunque tú no lo sepas
he llegado a tu cama
siguiendo el rastro
plateado de tus pies
descalzos en el corredor.
No lo sabes, quizá,
pero me gusta verte así,
con una toalla a punto de caer
asida a tus pechos y tú
indiferente a mi mirada.
No lo sabes, lo sé.
En tus manos encuentro
respuestas a mis peores
días. Y la ansiedad
de mis dedos se alivia
cuando toco el lunar
que señala el camino
de tu barbilla al deseo.
Aunque tú no lo sepas
adivino tu nombre,
en los acalorados instantes
donde el insomnio y el reloj

juegan contigo
a las adivinanzas.

A las tres de la noche
el sopor de tu piel
que la brisa despega
da una tregua al colchón cansado,
y habito en tu saliva,
me deletreo en tus párpados,
vuelo en la humedad
de tu aliento dormido.

Quererte

Quererte
sin espinas,
sin envoltorios.

Quererte
bajo la lluvia
en pleno rezo.

Quererte.

Quererte
sin querer,
sin ganas,
pero quererte.

Sin renunciadas,
sin victorias.

Quererte
en silencio,
con estruendo.

Quererte
desnuda, salada.

Quererte
en plena ira.

Quererte
si te vas,
si te hiero.

Quererte

desde el odio,

desde el letargo.

Quererte

libre, de nadie,

ni tuya.

Quererte

como se huele un libro,

como se abraza el mar.

Quererte

en pasado,

sin futuro.

Quererte

cuando hablas

y no te oigo.

Quererte

como si te entendiera.

Quererte. A pesar de todo.

Contra todos.

En dirección prohibida.

A favor del viento.